

## **POR ESTA SIERRA QUE HOY NOS ACOGE...**

### **PREGÓN DEL IV DÍA DE LA SIERRA**

De los mil caminos que tiene la provincia de Guadalajara, la mitad de ellos, al menos, discurren por sus elevadas tierras, por esta Sierra que hoy nos acoge.

Unos caminos que dan perspectiva humana al paisaje, dimensión histórica a la geografía y un escalofrío de “estar llegando” cuando se aproxima uno a sus pueblos, y sabe que en ellos late la tradición, vive la herencia de generaciones y aprendidos saberes.

Estos caminos, abiertos y milenarios, nos han traído hoy a Majaelayo, a celebrar por cuarta vez consecutiva el Día de la Sierra de Guadalajara. Y a mi voz, que no tiene otro mérito que el de ser antigua, se le ha pedido que lo pregone.

No voy a soltaros el rollito clásico y literario de un canto al azul del cielo en contraste con el blanco de las nieves, ni a hablar del bucólico sonar del agua de los arroyos o el embriagante olor de la jara entre las pizarras... todo eso está ya dicho. Y no es malo, pero estamos en una hora en la que solo cabe hablar de realidad, y de futuro.

La realidad no es mala, no vamos a ser, ya de entrada, catastrofistas. Porque sin ir más lejos, personalmente podría recordar aquí la primera vez que visité estos pueblos del concejo de Campillo y cómo estaban los caminos que hasta ellos nos traían: eran dantescos, de tierra oscura, y mojada, irregulares, resbaladizos, con torrentes cruzándose y el gesto dubitativo siempre de si podríamos llegar a nuestro destino. Las comunicaciones se han mejorado, y la forma de vida en estos núcleos, y en general en todos los de la Sierra guadalajareña, se han ido hacia arriba: se llega en coche y se habla por teléfono desde ellos. Pero ¿se ha cambiado mucho más? La Sierra sigue siendo un lugar hermoso, curioso, al que muchos viajan, por verlo y vivirlo... un día, un fin de semana, un verano como mucho. Luego, y al llegar los primeros fríos del otoño, el portalón de su larguísimo invierno se cierra sobre los pocos habitantes que aquí se quedan, y ya nadie se acuerda de esto hasta que vuelve el sol y la jara huele de nuevo. La sierra de Guadalajara “cierra por invierno” y no hay más recursos para seguir aquí que la promesa de que llegarán los largos días del sol, y las flores. Ahí es donde empieza la pregunta sobre su futuro.

Recuerdo aquí, en el inicio de este pregón serrano, a quienes me precedieron en el uso de este balcón pregonero. A Chani (Antonio Pérez Henares), al doctor Sanz Serrulla, y a José Ramón López de los Mozos, todos ellos buenos amigos míos, todos ellos sabedores de las esencias de esta tierra, porque en ella han cazado corzos, han oído sonar las viejas campanas catedralicias, o han seguido paso a paso a las botargas esenciales de sus fiestas. Pocos méritos tengo yo junto a ellos, porque no he hecho más que andar, mirar, hacer fotos, y fijarme.

En esto quizás radique el mérito que me han achacado para ser el cuarto pregonero de este día: en que siempre que he subido por estos pueblos, y mientras he trepado al Ocejón, o he bajado al hondón del Jaramilla, he ido fijándome en lo que veía. Sano ejercicio que recomiendo, siempre que me dejen, a los jóvenes de hoy.

En la ocasión de ponerme a daros mi palabra en esta jornada serrana, pocos méritos